



A CONTRAPELO

SANTIAGO
GONZÁLEZ

Un militante sagaz

Un militante socialista hizo llegar al Congreso ordinario de su Partido mediante persona interpuesta dos enmiendas de adición a la ponencia marco. La primera de ellas empezaba diciendo: «Los socialistas, llenos de complejos y desorientados tras la pérdida del poder en el Gobierno de España, múltiples comunidades autónomas y Ayuntamientos, debemos edificar nuestro mensaje político...».

Cualquiera que leyese distraídamente el entrecomillado precedente creería que todavía hay dentro del PSOE afiliados capaces de

describir la realidad en términos reconocibles para los no iniciados. En realidad se trata del comienzo de la enmienda presentada por **Joxeba Pagazaurtundua Ruiz** al párrafo 36º de la ponencia oficial del XXXV Congreso en el que se eligió como secretario general a **José Luis Rodríguez Zapatero** el 23 de julio de 2000. La persona a la que envió su enmienda era un dirigente del partido perfectamente desconocido para él, pero cuyos pronunciamientos públicos le hicieron creer que podría recibir con simpatía sus enmiendas y defenderlas en el Congreso.

Ambas trataban sobre el nacionalismo, fundamentalmente el vasco, que era el que a él le preocupaba. En un escrito complementario a su enmienda de adición al párrafo 95º de la ponencia, rellena una laguna en la misma: «se me pasó decir que la única alusión al nacionalismo que se hace en la ponencia marco es la que se hace al nacionalismo español».

Han pasado tres Congresos ordinarios del PSOE, doce años desde aquella súbita

revelación de Zapatero ante un partido que se lamía las heridas cuatro meses después de las elecciones generales en las que **Aznar** se alzó con mayoría absoluta. «No estamos tan mal» dijo a los delegados y estos se vinieron arriba sin necesidad de un proyecto mejor articulado.

Desde entonces fue el no parar. **Maragall**, el PSC y el pacto del Tinell fueron el modelo para los socialistas españoles, que buscaron las alianzas con los nacionalismos periféricos para derrotar al partido que entonces sostenía al Gobierno de la Nación.

También en lo que respectaba al terrorismo. Denunciaba Joxeba en una nota manuscrita en 2001 la idea asumida por algunos compañeros de lo que era el diálogo con los nacionalistas. Y escribió: «Si se trata de dar la razón a alguien se la damos a ETA y ya está. Todo solucionado». Quién podía pensar que se lo iban a tomar en serio y tantos años después le iban a tomar la palabra en su sentido literal. Cómo iba a creer él que el presidente de su partido, que

negociaba en lo oscuro con el más cualificado representante del brazo político de ETA antes, durante y después de su asesinato, iba a encabezar todas las propuestas que reclaman los terroristas y sus cómplices. Y todo ello en una descripción de la realidad según lo que **Roger Scruton** llamaba la falacia del mejor caso posible, que señala la irresponsabilidad de los optimistas sin escrúpulos por no incorporar a su cálculo la hipótesis desfavorable. Incorporar a los análisis la posibilidad del fallo es lo que permite a los pesimistas responsables lo que en términos coloquiales llamamos un *plan B*.

Joxeba supo ver hace doce años unos problemas que la mayoría de los delegados del Congreso en Sevilla aún no saben detectar este fin de semana, cuando se van a cumplir nueve años del día en que un asesino le pegó cuatro tiros en el bar donde desayunaba y leía la prensa, después de dejar sus babas con el ADN en la taza de café con que entretuvo su espera. Fue el 8 de febrero de 2003, a las 9:53 de la mañana.